

Viviendo en el silencio de un disparo



María Fernanda Bello Bello*

maffesoli@gmail.com

El pasado lo lleva en sus venas y es ahí donde la muerte se conjuga con la vida. “*La muerte es lo único seguro que tengo*”, ríe cínicamente mientras mira a través de una nube de humo que produce su cigarrillo. Tiene 20 años, pero parece viejo, y a pesar de que sufre de leucemia, su pasado lo mata más rápidamente que su propia enfermedad.

Su nombre es Martín, vive en el norte de Bogotá, en una casa de arriendo, junto a su gato Lerner y a su madre Beatriz. Vive en un lugar que recuerda el pasado: hay almanaques vencidos; alguno que otro recordatorio olvidado con el tiempo, en el bifé hay una foto de cuando era chico, un perfume azul barato, un vaso desechable lleno de ceniza, una barra de incienso a punto de acabarse, fichas de *Anime* de *Dragon Ball* y Caballeros del Zodiaco. También una colección de botones de *Jack*, de bandas de metal, de rock Neo, pero sus favoritas son las muñecas Manga. En su cuarto, sobre la mesa de noche, está la colección de música y películas de vampiros, de comedia americana y unas tantas infantiles. En la cama pequeña, unos ositos que el tiempo ha desteñido parecen ya fantasmas; la imagen del televisor no deja de saltar, huele a humedad mezclada con cigarrillo y trago.

Su ropa negra suele ser siempre la misma, aunque la combina con unos *jeans* apretados, correa de taches, medias remendadas, tenis desgastados y chaqueta negra. Usa gafas baratas, *Axe Touch*, gelatina en bolsa de \$100 para su cabello, y en su maleta, unas cuantas muñecas dibujadas con corrector de esfero.

Su madre es una mujer de casi 60 años y se nota en su rostro que la felicidad no ha sido parte de su diccionario. “*Hecha a la antigua*”, apunta Martín. Ella es la cabeza de la familia y ha sufrido para tener con qué vivir y para sacar a su hijo adelante; obligado por ella,

▶▶ * Estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad de la Salle. 18 años. También estudia Tecnología de Gestión Humana. Taller de Usaquén.

Martín validó el bachillerato, pero nunca terminó. Nacida en un pueblo de Cundinamarca, tuvo un padre machista, de esos que cogían el látigo para tener respeto. Y por eso nunca se casó. Es una gran mujer, y si la vida le hubiera dado una oportunidad habría llegado lejos, y quizá habría conocido la felicidad, pero no es así: trabaja y trabaja, jamás descansa.

♦ La primera venganza

Martín conoció a su papá cuando cumplió 14 años; entonces supo que debía vengarse porque procedía de una humillante violación: su papá era el medio hermano de su mamá. Nunca lo quiso, nunca se preocupó por él, sólo le importaban el dinero y las mujeres, administraba lotes de siembra, bebía sin parar y al parecer tuvo muchos hijos que nunca reconoció. Así que fue el primero en caer en las manos de este joven asesino. *“Fue en una finca por el camino a Girardot, y no me remuerde en lo absoluto»*, dice Martín.

Ahí comenzó todo. Luego se adentró en ese mundo bajo y oscuro por Pablo, un amigo que conoció en uno de sus colegios, porque eso sí, pasó por muchos y nunca terminó el bachillerato. También conoció a tres amigos que no pasaban de su edad, 15 años. Sus juguetes no eran más los inofensivos objetos de plásticos infantiles; eran armas con las que se podía jugar a la ruleta rusa. En esa práctica mortal cayeron algunos de sus amigos, que se suicidaron frente a ellos, muchas veces aburridos o con crisis existencial. La muerte era un descanso para estos jóvenes condenados por sus circunstancias.

Su vida en ese entonces consistía en halar el gatillo y esperar un tiempo a tener otro “morraco” (muerto) para sumar a su lista y aumentar el respeto entre sus compañeros. Los de “la limpieza” le ofrecían trabajo, buen dinero y un cargo alto, pero nunca trabajó con ellos porque sus horarios y requisitos eran exigentes y porque ese estilo de vida le parecía muy complicado. *“Es como ser un animal”*, medita Martín. “La limpieza” es una organización secreta que elimina bajo supuesta ley los excrementos de la sociedad, pero es tan secreta que muy pocos la han escuchado; allí trabajan personas llamadas N.N que no tienen documentos ni familia ni amigos, nadie los conoce, nadie sabe de ellos y, si mueren, a nadie le importa. *“Es toda una sociedad secreta, amparada por la ley”*.

Aunque el grupo de Martín no era muy diferente: ellos hacían caso a cualquiera que quisiera vengarse, a cualquiera que tuviera dinero. Vendían la muerte de los demás, pero Martín decidió seguir trabajando con sus amigos porque así vivía mejor y podía gozar de mayor libertad. Sólo una vez casi lo coge la Policía; con el tiempo se volvió tan experto que ya no dejaba rastro. Finalmente, entre todos adquirieron una moto, el regalo más grande que pudieron darse porque así era más fácil el desplazamiento y reducían sus gastos. Con la experiencia acumulada, le bastaba una foto para comenzar la labor de inteligencia que duraba uno o dos meses y consistía en estudiar al personaje, su oficio, sus salidas, hasta llegar al día de la esperada muerte. El dinero oscilaba entre uno a cuatro “palos” (millones), eso sí, dependía de cómo lo quería el cliente y de cuánto tiempo se necesitaba para “hacer la vuelta”.

“El dinero llega fácil y así se va; no es tanto lo que se gana, pues en las balas, la investigación, la gasolina y el seguimiento se gasta bastante, sino que lo que ganábamos lo botábamos en una noche en trago, porros, cigarrillos, apuestas...”. Recuerda que cuando iba por las calles con los bolsillos llenos de plata, dejaba a los mendigos un billete de 20 o de 50, porque ellos lo utilizaban mejor que él. Pronto el silencio lo pasma, sus manos se juntan en torno a su rostro, le llegan imágenes de malos momentos, como el error más grande de su vida, ese que todavía lo estremece: *“Ver a los ojos a dos personas que vas a matar”*, y aún siente su presencia mirándolo, a toda hora y en todo lugar; quizá por esto vive cada día como si fuera el último.

♦ Amores atravesados

Su vida amorosa era normal. Duraba desde una semana hasta muchos meses; pero su voz cambia cuando habla de Paola, de 17 años, con rostro medio oriental, delgada, alta y muy linda. *“La relación con ella fue muy especial, decía que me amaba, pero yo no le ponía mucha atención”*, dice como si tuviera la culpa de lo sucedido. *“Un día me iban a matar, y yo en ese entonces andaba en el parque de uno de los barrios aledaños al de ella; estábamos comiendo helado, cuando sentí el ruido de una moto cerca de nosotros, volteamos nuestras cabezas y se encontraban a unos cinco metros de distancia, fue una escena caótica; uno de los hombres sacó un arma y me apuntó. Paola se interpuso delante de mí casi con la misma rapidez con que la bala atravesó su corazón. Me inundé en pánico, conocí el dolor de la muerte, me fui saliendo de esta vida, el peso de las otras muertes cayeron sobre mi corazón, en mucho tiempo el silencio valía más que cualquier palabra o acción»*.

Con el paso del tiempo hizo una apuesta con sus amigos por cuadrarse con una mujer recién llegada al barrio. Martín fue el ganador; al principio lo hizo por ganar la poca plata apostada, pero luego esa mujer se volvió su mayor apoyo; peso que tenía en el bolsillo lo invertía en ella, cualquier segundo era para pensar en ella. Lo era todo para él, por ella moría y por ella vivía. A los cinco meses de novios, ella quedó embarazada y abortó sin su consentimiento. Golpeó en su casa y le llevó una bolsa transparente metida dentro de una bolsa de basura con el cadáver del feto. Las cosas no iban bien porque se la pasaban discutiendo, y al saber que la persona que amaba le era infiel y había matado a su hijo se llenó de desesperación.

Buscó veneno, el más fuerte y efectivo del mercado, pero por casualidad un vecino allegado se dio cuenta, lo siguió por un camino que nadie tomaba hasta un lote deshabitado, donde había vacas y uno que otro perro de esos asesinos, saltó la reja que separaba a la calle del lote, pero el otro muchacho llamó a la Policía. La patrulla llegó pronto. Martín se dio cuenta y siguió tomando el veneno mientras corría, pero cayó en manos de los agentes que lo llevaron al hospital para que lo desintoxicaran. Estaba solo, pues su mamá se encontraba de viaje y se enteró cuando ya había salido del hospital.

♦ ***“El dinero llega fácil y así se va”***

Pablo se metió con el comercio de droga y de armas. Sus oficinas eran bares, de apariencia normal, pero detrás de la barra había una gran caleta en la que se hallaba de todo para todos; recintos en los que la oscuridad, en medio de juegos de luces y de sonidos electrónicos, oculta a la Bogotá ilegal. Negocios fructíferos, y vuelve al recuerdo la frase de Martín: *“El dinero llega fácil y así se va”*. Allí va toda clase de personas, y hasta la Policía pasa por su vacuna: una botella de whiskey y varios fajos de billetes que van de un “palo” para arriba. *“Siempre es la misma historia»*, dice Martín con resignación, ya que le tocó por necesidad trabajar para Pablo. *“Una guacharaca (arma) semi legal oscila entre 500 mil y un palo, pero eso sí, se pueden encontrar más baratas, con papeles falsos y con más de seis morracos encima”*, apunta entre risas, como si recordara la cara de babosos de los compradores. *“Van desde pelados, hasta ya casi cuchos, y en su mayoría coleccionistas”*.

“La droga es la que fluye como agua en el río, pues se encuentra desde mil pesos, que son pocos gramos de cocaína, mezclada con cualquier tipo de polvo en gran cantidad, hasta el precio más inimaginable que se tenga, claro está, dependiendo de la cantidad y de la calidad. En uno de los bares un día hubo un atentado, de los tantos que se producían en las noches, proveniente de uno de aquellos comerciantes de droga, porque hubo un malentendido, entonces, el que recibió el impacto fue uno de nuestro anterior grupo, cayó por el impulso de una bala y lleva más de un mes en coma. Es casi un hermano para mí”, comenta como si no pudiera salir de un mal sueño.

Pablo se aburrió del negocio de los bares por la cantidad de problemas y los vendió por una gran suma de dinero, ya que estaban muy acreditados. *“No andábamos tranquilos”*, cuenta Martín. *“Se siente que todo lo que uno hace es malo, hasta el mismo hecho de salir a la calle, de coger un Transmilenio; ya no se puede hacer lo que hacía antes. Lo único seguro en mi vida es la muerte, por ella vivo cada día, ella es mi rey y mi dios; la que se lleva a todos por igual y a nadie discrimina”*. Eso es lo que espera Martín, morir. *“Esa es mi soledad, echo veneno sobre otras vidas, era eso lo que quería y en eso me convertí, tristemente”*. Pablo se fue del país y Martín decidió acabar con su vida pasada; aún hay personas que lo llaman para que vuelva a ser lo que fue. Pero vale más el arrepentimiento y su palabra, que volver a ahogarse frente a su sueño de estudiar medicina.